



El destronamiento del Rey Enrique IV en estatua en los campos de Avila.

EL REY DEPUESTO EN ESTATUA.

Atravesaba un elegante y gallardo caballero la espesa muchedumbre reunida frente el palacio del Rey don Enrique; y tanto la riqueza de su vestido como la grave apostura de su continente, demostraban el alto sentimiento de dignidad é importancia que le poseía. Abriánle paso todos los cortesanos; posternábanse ante él los humildes pretendientes de los favores reales, oyéndose por do quiera las mayores alabanzas y encomios, dirigidos á favor del obsequiado valido.

—Es el Conde de Ledesma! repetían los palaciegos con admiración y respeto, y hasta algunos pocos que no le conocían parecía

que se hallaban penetrados de la mas profunda veneracion hácia el depositario de la soberana privanza. Pero el Conde apenas mostraba aperebirse de semejante homenaje, recibiendo los acatamientos de aquellos miserables como un tributo justo y legitimo, por el cual en nada debía escitarse su reconocimiento ó sorpresa.

Junto á la puerta principal del palacio, habia un grupo compuesto de tres caballeros cuya traza les señalaba por personajes de alta importancia. En cuanto vieron estos que se aproximaba el Conde, dieron tregua á sus coloquios, tomando al momento sus semblantes una manifiesta espresion de rencor.

—¡Héle ahí! exclamó cautelosamente uno de los tres hidalgos. ... ¡Aquí está este perverso advenedizo, ese vil y abominable gusanillo!

15 DE SETIEMBRE DE 1830.

—Silencio, señor de Benavente, respondió otro.... Todavía no ha llegado el momento de mostrar nuestra indignación.

El Conde de Ledesma erguió orgullosamente la frente al acercarse á este grupo, puesto que si bien sabía que no podía prometerse de él iguales sentimientos que de las innobles turbas que poco antes le festejaron, enseñárale la experiencia á arrostrar el desdenoso talante de sus enemigos, pagando con usura sus insultos. Verificóse pues, una escena muy digna de llamar la atención de un observador desinteresado: el Conde y sus enemigos tomaron á cual mas un espresivo aspecto de arrogancia lanzándose mutuamente ciertas miradas, en las que se pintaba sin rebozo, el recíproco odio, desden y deseo de venganza que animará á todos ellos.

—¡Insolente!.... ¡zarzapastoso!.... ¡menguado!.... barbotó el conde de Benavente ya que hubo pasado el execrado favorito.... ¿Será posible que los grandes y prelados de Castilla toleren con paciencia la dominación de este miserable?

—En efecto, respondió don Pedro Giron, Maestre de Calatrava.... En efecto, es vergonzoso ya el sufrimiento con que se aguantan la insolencia y desmanes de este miserable aventurero.

—Todo vendrá á su tiempo, razonó el Conde de Palencia: los negocios van tomando un aspecto muy favorable, y es de esperar que tanto la arrogancia de este mal llamado conde de Ledesma, como la debilidad del Rey y la escandalosa vida de la Reina, alcanzarán muy en breve la debida recompensa. Supongo que no faltareis á la reunión que hay esta noche en casa del Arzobispo de Toledo: allí están convocados todos los grandes de Castilla, y por cierto que han de tratarse asuntos de grave interés para todos nosotros.

—No faltaremos, respondieron Benavente y Giron con ahínco; y después de haberse dirigido algunas palabras mas, separáronse los tres hidalgos hasta el momento de la cita convenida.

Este Conde de Ledesma, tan acatado de las turbas como abomidado de los grandes, era hombre de baja condicion, aunque no tanto como han pretendido algunos de sus enemigos. Conociásele antes de que obtuviera el título de Conde, bajo el nombre de D. Beltran de la Cueva, y gracias á su diestra y mañosa conducta, habia sabido ascender desde una posición bastante subalterna, al pináculo del favor real, logrando un grado de valimiento comparable en cierto modo con el que alcanzara en el anterior reinado, el malogrado Condestable de Castilla. Sin embargo, solo en esto se limitaba su punto de contacto con el magnánimo D. Alvaro de Luna, puesto que D. Beltran no poseía ninguno de los conocimientos y prendas que tanto distinguieran á aquel y nunca pudiera presentar á su Soberano, ni aun remotamente, un conjunto de servicios tan esclarecidos como los prestados por el infelice Condestable.

Todos los merecimientos del de Ledesma se reducían al uso de una desmedida adulación, cuyos lisonjeros halagos le valieran su elevación á confidente y ministro del Rey; y á sus atractivos personales que le captaran la benevolencia de la Reina, la cual, siguiendo los desordenados impulsos de su corazón, no habia vacilado en abandonar los miramientos que debía á su honra, admitiendo en la mayor privanza al favorecido D. Beltran.

Estos eran los cimientos de la grandeza del Conde de Ledesma, y por estos detestables servicios lograría el grande y no merecido favor de que ahora gozaba. Pero lo que habia mas de singular en este caso es que la rápida elevación de este privado fuese obra de aquel mismo D. Enrique que en vida de su padre, el Rey D. Juan, fuera siempre apoyo de los conjurados contra las demasías de D. Alvaro de Luna, personaje incomparablemente mas merecedor y respetable, que este indigno idolo de la debilidad de un Soberano y de los vergonzosos amores de su esposa.

Sabido esto, nadie extrañará que toda la grandeza castellana estuviese declarada contra el favorito, mayormente cuando muchos de los principales magnates tenían sobradísimo motivo de queja por varios agravios particulares. El Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena habian sido separados de la Real Persona para ceder su lugar á D. Beltran, el cual acababa de ser colocado al frente de los negocios del Estado, concediéndosele el título de Conde de Ledesma y una infinidad de riquezas y distinciones.

Tenia el Rey D. Enrique una multitud de defectos, y apenas poseía alguna que otra rarísima prenda que pudiera paliarles. Incapaz de dirigir las riendas del Estado por su excesiva indolencia y nulidad, entregóse al primero que supo halagar su espíritu, originando con su indolencia una larga serie de desgracias y trastornos en el reino cuyo gobierno le encomendara la providencia.

Aconteció á la sazón el alumbramiento de la Reina, la cual dió al mundo una niña, á quien se llamó Doña Juana. Pero como desde el mismo instante consideraron todos á aquella Infanta hija adulterina de D. Beltran, por este motivo la asignaron el feo mote de la *Beltraneja*; bajo el cual fué conocida desde entonces. Sin embargo, á pesar de la pública voz y fama, empuñó el Rey en hacer reconocer á

Doña Juana como heredera de su corona, cuya imprudente medida fué la señal del general levantamiento de todos los grandes y potentados del reino.

La noche no habia cerrado aun del todo, cuando una multitud de caballeros y prelados acudian ya á la cita que les fuera dada en casa del Arzobispo de Toledo. Reunidos los congregados, pronunciáronse varios discursos en los cuales el resentimiento aumentaba los fuegos de la elocuencia; sin embargo era inútil todo auxiliar cuando la convicción se mostraba tan unánime, y ciertamente no habia necesidad de inflamar el ánimo de unos hombres ajitados ya por las pasiones mas fuertes. Quizás nunca se viera una asamblea en que reinase mas armonía en punto á las intenciones; pero al propio tiempo menos conformidad con respecto al mejor modo de llevarlas á cabo. Abogaban unos por la adopción de medidas violentas; rechazaban otros este parecer, originándose de esta encontrada lucha de opiniones diversas, una confusa y turbulenta algarabía.

En este estado pareció en la sala donde se celebraba la junta un personaje de traza noble y severa, cuya presencia ejerció el saludable influjo de restablecer la tranquilidad entre los asistentes. Todos los ojos se dirigieron al punto sobre el recién llegado, quien encaminándose hácia el estrado donde se hallaba el Arzobispo de Toledo, tomó asiento á su mismo lado, con muestras de reconocida superioridad. Ahora bien, el hombre que habia operado este súbito cambio en los espíritus, era el Marqués de Villena, varon muy famoso en toda España, tanto por su manifiesta ambición, como por su grande talento y saber.

Privado el Marqués del favor del Rey, merced á los manejos del Conde de Ledesma, jurara eterno é implacable rencor á su rival, mostrándose como puede suponerse uno de los miembros mas activos de aquella temible liga. Móvil de todas las maquinaciones y tramas dirigidas contra el detestado favorito, convocara el Marqués por medio del Arzobispo la presente reunión, seguro ya de antemano de la buena acogida que debía alcanzar el plan de operaciones que trataba de proponer. Llevado pues, de la convicción de su superioridad é importancia personal, dirigió al momento la palabra á los conjurados, hablándoles en los siguientes términos:

Nobles señores y amigos, ha llegado por fin el instante, no diré si feliz ó adverso, en que debemos poner en planta un proyecto, el cual hace largo tiempo que me ocupa en mis vigiliás. La ciega prevención del Rey y los desmanes de su indigno favorito, exigen ya de nosotros semejante proceder. No creáis que me anime un mezquino resentimiento personal; nada de esto, trátase aquí solo del bien general de nuestra patria, bajo cuyo concepto espero que prestareis un poco de atención á mis palabras.

—¡Hablad, hablad! exclamaron unánimemente los nobles conjurados.

—Está bien, amigos míos, prosiguió el Marqués: ante todas cosas es preciso enviar al Rey una diputación compuesta de los principales personajes del reino, para que en nombre de toda la nación le hagan presente las desgracias que la alijen, y el urgente remedio que exigen sus males, los cuales nunca podrán cesar, sin la separación de D. Beltran de la Cueva, ahora llamado Conde de Ledesma, no solo de los empleos que obtiene, sino tambien de la privanza del Soberano. Este será el primer punto de reclamación. El segundo ha de ser la formal promesa del Rey, de escluir á la *Beltraneja* de la sucesión á un trono del cual la aleja la ilegitimidad de su nacimiento: si D. Enrique se empeña en negar estas dos importantes demandas, inútil será insistir acerca de otros puntos de menor cuantía, y en tal caso ya no habrá otro partido que el de negarle el uso de la potestad real.

—¿Mas cómo se logra esto? preguntó el impaciente Giron.

—Haciendo cuanto en nosotros quepa para colocar al Infante D. Alfonso en el trono de D. Enrique, respondió el de Villena con una fría sonrisa.

—¿Qué decis! exclamó el Marqués de Santillana lleno de asombro.... ¿Creeis acaso que pudiera surtir efecto una empresa tan arriesgada? ¿Acaso tomara la nación parte en esta atrevida rebelión?

—Esperad, esperad, amigo mío, dijo el Marqués de Villena, interrumpiendo al de Santillana.... Habiéis de haceros cargo de que no estamos aquí para examinar la gravedad de los remedios, sino para buscar uno que pueda aplicarse á nuestros males. Desde luego estoy convencido de que no lograremos nuestro intento sin tener algunos tropiezos; pero pónganse todos la mano en el pecho, y digan si puede haber situación mas triste y dura que la que en el día oprime á los nobles castellanos. ¿Por ventura es cuestión que tan pocos sacrificios se merezca, la de salvar nuestras vidas y fortunas, librando á la propia sazón á todo el reino de manos de un vil advenedizo, amante de una Reina sin pudor? ¿Castellanos! esto no puede ya soportarse. Los tiempos de la dominación del Condestable de Luna, lo fueron de gloria en comparación de este en que vivimos; ahora bien,

si aquel grande hombre, á pesar de los servicios prestados á la nacion, fué considerado digno de muerte por sus usurpaciones y escesos, ¿qué no merecerá ese vil favorito, ese azote de Castilla, ese insolente privado, oprobio del reino entero? No es posible que defiramos un solo instante empresa tan necesaria: ¡las cosas han llegado á su término, y si son impotentes nuestros medios de persuasion, no hay otro arbitrio que recurrir abiertamente á la fuerza de las armas!

El discurso del Marqués de Villena fué pronunciado con la mayor vehemencia y calor, lo que no deberá estrañarse, sabiendo ya que era el enemigo mas encarnizado del favorito real. En efecto, su alma ambiciosa y arrogante no podia ver sin grave encono los progresos que á sus espensas habia hecho D. Beltran, siendo muy natural su deseo de dar principio á una pugna que tal vez podria traerle de nuevo el perdido favor que un dia le dispensara el Soberano. Pero de todos modos, aun en el caso de que D. Enrique no accediese á las reclamaciones cuya esposicion habia hecho á los conjurados, quedábale aun al Marqués la esperanza del entronizamiento del Infante D. Alfonso, cuya gratitud por el importante servicio que le prestara colocándole en el trono, no podia serle dudoso bajo ningun aspecto.

Sin embargo, no todos los nobles conjurados participaban del egoismo de sentimientos del Marqués. Tanto el reinado anterior como el presente pudieran haberse llamado épocas de favoritismo y cabala, y así no dejaban muchos de deplorar los males que agobiaban al Estado, deseando en lo íntimo de su corazon una reforma que pusiera coto á tales demasias. Bajo este supuesto habiéndolo sido aprobada la proposicion de Villena, gracias al artificio con que supiera descubrir el interés personal que le animaba en este punto, nombróse en el acto la comision que debia presentar al trono las quejas de los grandes de Castilla. Componianla el Arzobispo de Toledo, los Condes de Alba y Benavente, y algunos otros miembros influyentes del Estado; pero por lo que concierne al Marqués de Villena, tuvo la astucia de evitar todo compromiso, eludiendo el tomar parte en un acto de que era el verdadero autor.

La mañana siguiente, pasó la comision á desempeñar el encargo que le fuera cometido, y presentándose solemnemente en palacio, esplicó los motivos de su embajada con tono respetuoso aunque decisivo. Al principio se mostró el Rey indignado de la presuncion de una grandeza que de tal modo intentaba dictarle leyes; pero la actitud firme y resuelta de los diputados, escitó en breve otros sentimientos en su alma débil y apoeada. Manifestáronle los emisarios con espresiones muy enérgicas los escesos que se cometian en la administracion de justicia, y los males que sufría la nacion por el despotismo vil del indigno favorito, añadiendo despues de estos lamentos, otras muchas quejas de menor importancia.

La traza intrépida y hostil de los diputados hizo entrar al receloso Monarca en una especie de negociacion, que por el momento pudo desarmar á los descontentos. Con este objeto declaró que tomara muy en cuenta los artículos que se le habian espuesto, resultando despues de las conferencias habidas entre las dos partes, un convenio en que se estipulaba que el Rey pondria en libertad á los Infantes don Alfonso y doña Isabel; que el primero seria reconocido heredero del trono, pero bajo la condicion de casarse con la Infanta doña Juana llamada la *Beltraneja*, luego que esta hubiese llegado á una edad á propósito; y por último, que seria separado el Conde de Ledesma del alto destino que ocupaba en palacio.

Desde este instante pareció que iba á establecerse una perfecta armonia entre el Rey y la grandeza. El Infante D. Alfonso salió de su prision sin pérdida de momento, realizándose de este modo la primera parte de lo pactado; pero no se mostró el Rey tan celoso en el cumplimiento de los demas puntos del convenio. Fuérale este arrancado por la imperiosa ley de la necesidad, y ya que se habia conjurado la borrasca, halagábale el engañoso pensamiento de poder faltar impunemente á sus empeños. Así pues, el Conde de Ledesma no fué removido, y su administracion se hizo aun si cabe mas dura y escandalosa que antes, oriñándose con sus escesivos desmanes, nuevo encono en los ánimos, por desgracia ya sobradamente irritados.

A la sazón tomó la liga de la grandeza un aspecto mas imponente y hostil, pues exasperados todos con la falta de palabra del Rey, y plenamente convencidos de que el de Ledesma únicamente podia ser derrocado por fuerza de armas, trataron de recurrir á este partido estremo, para deshacerse de una vez del insolente privado.

En estas coyunturas entabló el Marqués de Villena una secreta negociacion con el Infante D. Alfonso, á quien se queria obligar á aceptar la corona de Castilla, que todos los grandes del reino trataban de adjudicarle.

—¿Y qué puede conteneros? decía al Infante el de Villena.... ¡Ignorais que es la voz de una nacion ultrajada, la que os llama á un trono hoy dia mancillado? Aceptad, señor, nuestra proposicion, y todos los castellanos sin distincion de jerarquias ó clases, bendecirán un suceso tan glorioso y placentero.

Convencido por fin D. Alfonso, dió muestras de aceptar, aunque con bastante repugnancia, la corona que se le ofrecia. Sabido es cuán raras veces suelen resistir á sus halagos los mismos lazos del mas estrecho parentesco; pero si hubo nunca rebelion que tuviese visos de legitimidad, fué sin duda alguna la que ahora se tramaba. Muchos de los conjurados se hallaban realmente animados de un sincero y verdadero patriotismo, puesto que no todos participaban de las ambiciosas cuanto interesadas miras del marqués de Villena y demas personalmente agraviados.

Advertidos los de la liga del buen resultado que obtuvieran las instancias de Villena para con el Infante, desecharon ya todo miramiento, declarándose á la faz del dia contra el Rey y su favorito. La lista de los conjurados habia aumentado de tal modo, que apenas podia citarse un solo nombre de influencia ó consideracion que no estuviera en ella comprendido. Los espíritus estaban muy irritados, tanto por los escesos de este reinado, como tambien por los cometidos en el anterior; pero habia llegado ya el momento de estallar la indignacion general, y la corona del Rey de Castilla vacilaba sobre sus débiles sienes. Sin embargo, como á pesar de la reconocida flaqueza moral del Rey, era de suponer que haria este alguna resistencia antes de abandonar su diadema, quedó acordado que se procedería inmediatamente á su solemne deposicion, en vez de contentarse con vanas y estériles declamaciones.

Bajo este supuesto se convocó una asamblea general de la nacion, la que debia tener efecto en las llanuras de Avila, invitándose especialmente para su asistencia á todos los prelados y personajes de valimiento del reino. Al mismo tiempo se levantó con gran presteza un cuerpo de tropas formado de los descontentos y sus parciales, cuyas providencias ya tomadas, tratóse de llevar á cabo el plan antes concertado.

Levantóse un inmenso catafalco junto á la ciudad de Avila, y en él se colocó un magnifico trono, suntuosamente adornado y decorado con las armas de Castilla, á imitacion del verdadero trono de don Enrique. Encima fué colocada una estatua que representaba á este Monarca, vestido con el manto real, y ceñida la corona. En sus manos tenia la espada de la justicia y el cetro soberano, quedando representados cual convenia todos los demas atributos de la régia potestad. Rodeaba por fin á este aparato una numerosa tropa de soldados, entre cuyas filas ondeaba el pendon de Castilla luciendo ademas las particulares divisas de los nobles conjurados.

Habiase reunido una inmensa multitud para presenciar el espectáculo que iba á ofrecerse. Circulaban por todos los corrillos propósitos muy estravagantes con respecto al desenlace de aquella escena; pero todos se estrañaban de que no figurase tambien la imagen del odiado D. Beltran, cabe á la de su soberano protector. Llegada por último la hora de la cita, reuniéronse los conjurados, entre los cuales figuraba el Infante D. Alfonso, y al son de mil belicosos instrumentos salieron de la Iglesia en donde habian asistido á los oficios divinos, dirigiéndose con grande acompañamiento hácia el lugar de la ceremonia. Engrosábase á cada paso el número de espectadores, demostrando todos con sus alegres gritos, la simpatia que les causaba el acto que iba ya á consumarse.

En cuanto hubieron llegado los confederados al lugar donde estaba erijido el catafalco, subieron en él el Arzobispo de Toledo y otros prelados, igualmente que los Condes de Palencia y Benavente y otros magnates de valia, con gran número de heraldos y alguaciles. Los demas caballeros se colocaron espada en mano alrededor del tablado, poniéndose á cierta distancia los soldados, con objeto de contener á la inmensa muchedumbre que ocupaba toda la llanada. Entonces tocaron los clarines y atabales cual para llamar la atencion de la asamblea, y habiendo sucedido un profundo silencio, presentóse un pregonero, quien desde lo alto del estrado comenzó la lectura de las quejas que se elevaran contra el Rey, y la consecuen- te sentencia de su deposicion.

—¡Castellanos, exclamó con fuerte voz, grandes prelados, ricos hombres, hidalgos y plebeyos de Castilla!... ¡Escuchad, atended todos la declaracion que voy á hazeros!... El Rey D. Enrique IV de Castilla se ha hecho indigno de la corona que deshonra con sus crímenes, en cuya vista place á Dios por la empresa de cuantos se hallan animados del noble deseo de mantener la prosperidad del reino, que sea desposeido del elevado puesto que tan mal sabe ocupar. Primeramente dicho rey es indigno de ceñir una corona cuyo peso no puede resistir, puesto que es el funesto D. Beltran de la Cueva, hoy dia Conde de Ledesma, quien en su vez gobierna y oprime con su tiránico despotismo á esta nacion desventurada. Ahora bien, ya que el Rey no puede soportar el peso de la diadema, es muy justo que sea colocada en una frente mas capaz de poderla ceñir.... ¡Caiga pues la corona de Castilla de las sienes del Rey D. Enrique!

Aquí se detuvo el pregonero, y acercándose en tanto el Arzobispo de Toledo á la imagen del Rey, quitóle la corona de la cabeza, al

estrepitoso son de los aplausos de la muchedumbre. El Prelado volvió despues al lugar que antes ocupaba, é inmediatamente prosiguió su lectura el pregonero.

—En segundo punto, el Rey D. Enrique de Castilla no merece llevar la espada de la justicia, puesto que tanto descuida su recta y cabal administracion, permitiendo que los apasionados sentimientos de algunos hombres venales la ejerzan con mengua del honor é interés comun de todo el reino.... Ahora bien, ya que el Rey no sabe dirigir la administracion de este importante ramo, es muy justo que pase esta espada á otra persona que sea mas digna de llevarla.... ¡Pierda pues este emblema de la justicia, el señor Rey D. Enrique el cuarto!

El pregonero volvió á guardar silencio: entonces se levantó el Conde de Palencia, y dirigiéndose á la estatua, arrancó con muestras de indignacion la espada que tenia en una mano. Nuevamente resonaron los aplausos de los espectadores, y restablecido ya el silencio, continuó el pregonero del modo siguiente:

—En tercer lugar, el actual Rey de Castilla es indigno de empuñar el cetro, puesto que su flaqueza, prodigalidad é indolencia se avienen mal con las prendas que deben distinguir á todo Príncipe.... Quitese pues al Rey D. Enrique un cetro que tan mal sabe regir!

El Conde de Benavente imitó el ejemplo de los dos magnates que le precedieran, y arremetiendo á la estatua, arrancóla el cetro que llevaba en la otra mano. Luego que hubo cesado el tumulto de las turbas concluyó el pregonero su lectura hablando del modo siguiente:

—Por último el Rey D. Enrique de Castilla no es merecedor de sentarse en un trono cuyo lustre tanto ha mancillado con sus vicios y torpezas. Tampoco puede permitir Dios, que lo ocupe una Princesa ilegitima, vergüenza y oprobio de la majestad real. Ahora bien, siendo su verdadero heredero y sucesor el nobilísimo Infante D. Alfonso, es muy justo que ascienda este el trono que aquel ha perdido, y del cual ahora será vilmente arrojado!

Al momento se ejecutó este extremo, pues apoderándose D. Diego Lopez de Zuñiga de la estatua real, arrojóla con gran fuerza á los pies del trono. Al mismo tiempo fué mostrado al público el Infante, y á las voces de ¡Castilla! ¡Castilla por el Rey D. Alfonso! fué inaugurado en el propio sitio que antes ocupara la destituida imágen de D. Enrique, por entre universales gritos de aclamacion y alegría.

Acto continuo prestaron homenaje al Infante en calidad de Rey todos los grandes congregados, incluso tambien el marqués de Villena; y habiendo montado despues D. Alfonso en un hermoso caballo blanco, ricamente enjaezado, dióse á recorrer las principales calles de Avila, escoltado de todos sus parciales y de una regocijada y numerosa muchedumbre.

Luego que llegó á noticia de D. Enrique este acto de tan inaudita audacia por parte de sus grandes, pareció salir de su natural apatia, llevado del ardiente deseo de reprimir aquel desman. Afirmáronle en esta resolucion los consejos de D. Beltran, y persistiendo mas que nunca en su propósito de legar el trono á la *Beltraneja*, reunió un numeroso cuerpo de ejército con objeto de oponerse á los confederados.

Despues de una serie de operaciones militares bastante acertadas, dieron vista los realistas á las huestes del Infante junto á Olmedo, y allí fueron estas completamente derrotadas. Pero no decayó el ánimo de los descontentos con tan terrible revés, ni aun con la insigne desgracia que poco despues sufrió su bando con la pérdida del Infante D. Alfonso, el cual falleció al cabo de muy poco tiempo despues de su mentida coronacion. Persuadidos los conjurados de que los derechos del difunto Infante habian pasado á su hermana Doña Isabel, dirijieron una solemne diputacion á esta Princesa, rogándola que aceptase la corona de Castilla; pero doña Isabel se negó á sus pretensiones, con grave sorpresa y disgusto de los confederados.

—¿Es posible, señores, exclamó la Infanta, es posible que olvideis de tal modo vuestros deberes, hasta llegar al extremo de proponerme la usurpacion de la corona de Castilla? Sabed que mientras viva D. Enrique, nunca podré dar mi apoyo á ningun proyecto contrario á sus derechos soberanos. Cuando haya muerto el Rey, será ya caso muy distinto: solo entonces consentiré en reclamar el trono, que en efecto me pertenecerá de derecho.

Esta manifestacion decidió á los conjurados á que depusieran las armas, entrando en negociaciones con el Rey para que reconociese por heredera del reino á la Infanta doña Isabel. Felizmente se realizaron estos deseos, y habiéndose proclamado un olvido general de todo lo pasado, volvieron á prestar juramento de fidelidad al Rey todos aquellos que habian abrazado el partido de la rebelion, comenzando desde entonces una época de aparente paz y concordia, entre el Príncipe y sus vasallos.

No hay por qué encarecer el furor de la Reina y del caido Conde de Ledesma, cuyos intereses quedaron tan perjudicados con esta reconciliacion. Pero la mala suerte de Castilla quiso que ya que los grandes se vieron libres del horror que les inspiraba el detestado fa-

vorito, comenzaron á cobrar celos de la pujanza que adquiria uno de sus mismos aliados, el famoso Marqués de Villena, originándose de esta rivalidad nuevas maquinaciones é intrigas, contrarias siempre al reposo y prosperidad de la nacion.

Poco tiempo despues de estos sucesos murió en Segovia el Rey D. Enrique, quien antes de espirar permitió que le visitaran la Infanta doña Isabel y su esposo el Rey D. Fernando de Aragon; pero como si quisiera dar Enrique otra muestra de la singular inconstancia que le caracterizaba, declaró con general sorpresa, heredera del trono á la *Beltraneja*.

Fué D. Enrique IV el último descendiente masculino del célebre Enrique de Trastámara. A pesar de los esfuerzos con que algunos apologistas han querido vindicar su memoria, proclamándole Príncipe manso y piadoso, no es posible disimular los graves daños que trajo al reino su escesaiva indolencia, causa principal de las escandalosas escenas que alteraron con tanta frecuencia la tranquilidad y sosiego de Castilla.

LA CASCADA DEL TOJA.

Acababa de tornar á mi pueblo natal despues de algunos años de ausencia. Los azares de una revolucion me habian arrojado de sus muros, y los huracanes de otra me habian vuelto á traer; así como las tempestades lanzan del puerto al buque en él anclado, para traerle de nuevo en brazos de las olas y precipitarle sobre sus muelles, roto y desmantelado, sin timon y sin jarcias.

Aficionado desde mis primeros años al estudio de la naturaleza, de ese inmenso libro que nunca se acaba de leer ni de descifrar, como todas las obras que salen de la mano de la Providencia, entreteníame una tarde en relatar á uno de mis mas fieles y antiguos amigos, las bellas escenas que en el curso de mis peregrinaciones habia admirado y aplaudido. Nos ocupábamos de la cascada de Gaverny, que á semejanza de los artísticos surtidores que adornan los vistosos jardines de Aranjuez, brota y se desata por entre los precipicios de los gigantescos Pirineos. Acordándome de la prodigiosa elevacion de su caída, y de la magestad que despliegan sus aguas, formando un abanico de espuma al derribarse, me atrevia á llamarla la reina de esos espléndidos y sorprendentes saltos de lluvia que decoran nuestro globo, desde el Niágara hasta el Nilo.

Mi amigo me dejaba hablar. Se entretenia en ver cómo la imaginacion aglomeraba sobre la paleta de mis lábios las mas severas entre las mas risueñas tintas. La memoria de la cascada de Gaverny prestaba á mi lengua, naturalmente torpe, inspiracion, verbosidad y poesia. Pero, no bien habia concluido de hablar, cuando exclamó:

—Voy á pagar pintura por pintura, cuadro por cuadro, imágen por imágen; solo que lo que tú me ofreces es una hoja arrancada de un *souvenir* de viaje, y lo que yo te prometo es un lienzo que hemos de ir á contemplar mañana á un museo que tiene por galerías todo el universo, á la divinidad por su dueño y por guardianes el santo respeto que inspira la solemnidad de sus maravillas.

Dicho y hecho. A la mañana siguiente montábamos á caballo en el campo de la Estrella de la ciudad de Santiago, punto de partida de nuestra expedicion improvisada. Cofimos las riendas, apretamos los hijares á nuestros potros y nos dirigimos hácia las corrientes del Ulla.

La variedad es la belleza de Galicia, país formado por las mil ramificaciones de las montañas que elevó la mano de Dios para servir de dique al Océano occidental. Sus valles, generalmente de corta estension, succédense con asombrosa rapidéz ante los ojos del viajero. Ceñidos por la sombría faja de los montes bastan algunos pasos para cambiar el cuadro mas triste en la mas halagüeña perspectiva, y una colina, una simple roca operan á veces este cambio prodigioso.

Al ver cómo aparecen en continuada alternativa las blanquecinas moles de granito, las espesas selvas y los profundos valles que ostentan una vegetacion rica y variada, créese uno transportado á la pintoresca Suiza, y se detiene, mal su grado, para contemplar desde el borde de un precipicio un pueblo laborioso que habita en su fondo, sobre una alfombra de verdura, y para oír el rumor acompasado de sus instrumentos de labranza y el eco melancólico de su canto que trae el viento en desiguales ondulaciones.

Mas adelante desaparece todo; á la floreciente campiña reemplaza una llanura árida: y al murmullo del lejano cantar, el ruido monótono del torrente. Ya no hay bosques ni praderas, ni se vé la recortada hoja del roble, ni la elegante forma del americano maíz que mece en la estremidad su panoja dorada; fijase la planta en un suelo desmenuzable, y la vista en un horizonte desnudo sobre el cual asoma como el crater de un volcan antiguo, el circular oratorio de los celtas, en donde un tiempo resonaban las plegarias de la multitud,



Cascada del Toja, Galicia.

y hoy solo se escucha el susurro del insecto que pasa rozando la amarilla flor del Toja ó la rojiza campanilla del brezo.

Tal es Galicia, la verde Erin de España, con sus montañas y sus valles, sus grutas sombrías, sus bosques poblados de fantasmas, y sus hombres valientes y supersticiosos que llevan todavía en el rostro el tipo de las razas del norte, y en los cantares su melancólico recuerdo.

No es en las espaciosas llanuras de uniforme vegetación, donde se revela el carácter peculiar del suelo gallego, sino en las situaciones de imponente sublimidad que agovian el ánimo bajo el peso de reiteradas y opuestas impresiones.

Desde los elevados picos de Ancares, cubiertos de nieve una gran parte del año, hasta las templadas orillas del océano pobladas de vid y de naranjos, la extraordinaria desigualdad del terreno ha multiplicado estos cuadros sublimes de que la pluma solo puede dar una ligera idea. Vese á veces una elevada montaña, cuya pendiente rápida, cubierta de redondeados peñascos asemeja una cascada de granito: algunos caídos en el fondo se esparcen aquí y allá, mientras otros medio inclinados en una inmensa altura, tan solo esperan la mas ligera conmoción para precipitarse. Oprímese entonces el corazón aterrado al descubrir al pie de la montaña algunas débiles casas, en donde se canta y se rie y se duerme tranquilamente bajo la mas ligera conmoción para precipitarse. Oprímese entonces el corazón aterrado al descubrir al pie de la montaña algunas débiles casas, en donde se canta y se rie y se duerme tranquilamente bajo la mas ligera conmoción para precipitarse.

Allí, á su presencia, ante estos contrastes imponentes que fatigan la imaginación presentando la inmovilidad al lado del movimiento mas rápido, el silencio perturbado por el estruendo mas espantoso, la tranquilidad bajo el peligro mas inminente, allí es donde el pensamiento se niega á la realidad y llega á poner en duda su misma existencia.

Había ya cuatro horas que estábamos andando. Todo cuanto acababa de decir cruzaba por nuestras mentes, todo cuanto acababa de trazarse iba desplegando, como un vistoso panorama, á nuestro frente y costados.

Nos hallábamos á cinco leguas al S. E. de Santiago. Aun ignoraba el objeto de nuestra dirección. Mi amigo observó en mi semblan-

te la interrogación de la ansiedad, y se apresuró á satisfacerme.

—Vamos á ver la cascada del Toja.

Quedé sorprendido. Soy galiciano y jamás habia oido hablar de semejante espectáculo.

Y sin embargo entre los varios puntos que mas merecen fijar la atención del viajero, ninguno de una magnificencia mas salvaje que la cascada del Toja. Situada á dos leguas mas arriba de la confluencia del Deza y del Ulla, siguiendo la corriente del primero, y en el centro de un pais quebrado y lejano de toda población, quizá á esto debe el ser casi desconocida tan imponente perspectiva.

Nace el Toja en la montaña de Candais en el punto en donde este estribo poderoso se aparta de la Cordillera. Formado por los arroyos que salen por entre las grietas del granito ó las cenicientas capas del gneis, y aumentado por las vertientes de los montes de Gestoso que le dominan al oeste, descendiendo á la fértil parroquia de Grava, y corre hacia el norte, atravesando el pais de Trasedra en dirección al Ulla, á cuya region hidrográfica pertenece.

A cada paso se hace el terreno mas pintoresco. Deslizase el rio oculto y silencioso bajo la entretejida rama de los sauces, ó la sombría bóveda de los sotos de castaños; ó bien aparecen ceñidas sus orillas de estensas praderas, en donde alterna, como en un vistoso mosaico, la verde yerba, el pétalo rojo de la digital y la flor blanca y amarilla de las radiadas. Los campos cubiertos de lino, se estienden á uno y otro lado, como alfombras de terciopelo; embalsámase el aire con el olor de la madre-selva y algunas chozas esparcidas á uno y otro lado, dejan ver sus techos rojos por entre las hojas de los frutales. Por último, allá en el occidente, sobre una considerable altura, aquel bulto que parece una roca es la capilla de San Sebastian de Meda, que da nombre á la montaña y corona este cuadro.

Mas adelante, dos cadenas de montes poco elevados avanzan hacia el rio y estrechan su cauce. La de la derecha divide sus aguas de las del Deza, que corre á corta distancia en un lecho mucho mas profundo, y la de la izquierda termina en la espaciosa meseta del Campo-marzo.

Este monte cubierto de una tierra rojiza, y coronado de una llanura estéril, parece estender su influencia nociva á todo cuanto le rodea. Al llegar á su pie, el rio se desnuda de sus adornos de flores, y sus aguas chocando con una enorme peña, penetran por varias grietas que ha abierto su incesante roce. Aquella peña se llama el Molino del Moro. Entre el ruido del agua que se desliza debajo de

la roca, el oído atento cree percibir el rumor de una rueda de molino, y la superstición supone en aquel punto la existencia de un molino subterráneo.

Allí el país se vuelve repentinamente aspero y agreste. Desde los bordes del Toja se descubren las laderas de la meseta de Campo-marzo, erizadas de enormes grupos de rocas angulosas y oscuras que se esparcen también por la pendiente, como los restos de una escalera de gigantes. El río corre difícilmente entre trozos de hermosa y pulimentada serpentina, y recibe algunas fuentecillas, cuyas aguas, cargadas de partículas de hierro y de azufre, brotan por las endiduras, tapizadas de erictal de roca, y bajan culebreando.

Al llegar á este punto, se nos hizo el terreno intransitable y nos vimos precisados á abandonar la orilla, subiendo un poco la pendiente del Campo-marzo, y perdiendo de vista al río que gira hacia la derecha para costear un estrivo del mismo monte.

Después de atravesar una dilatada arboleda de castaños, el ruido del río que no ha cesado un momento de oírse bastante próximo, se convierte de pronto en un rumor sordo, como un trueno lejano, que parece salir de una profundidad espantosa.

Allí está la cascada; pero la escabrosidad del terreno, y las malezas que crecen por todas partes, no permiten aproximarse y, sobre todo para disfrutar del lujo de su grandeza, es preciso descender hasta su pie.

Poco á poco se desvanece el ruido, y un silencio sepulcral le sucede, silencio que solo interrumpe el movimiento de las hojas; pero al terminar la arboleda, otro cuadro sorprendente é inesperado, se desenvuelve, como por arte mágica, ante nuestros ojos. Nos hallamos casi en la cumbre de una montaña, y en frente de otras dos separadas por un estrecho pero profundo espacio; y allá en el fondo á una prodigiosa distancia, descubrimos tres fajas de agua espumosa que se tocan en el intermedio de las tres montañas, y dejan llegar al oído un susurro casi imperceptible. La que corre á nuestros pies es el Toja, la que por el frente ciñe una montaña desnuda de vegetación es el Deza, confundiendo los dos ríos para formar juntos el brazo que se dirige á la izquierda y lleva sus aguas al Ulla en el pintoresco valle de Cira.

Para bajar al fondo de aquellos precipicios fuémos forzosamente alejarnos un poco de la cascada. A la derecha hay un sendero que baja serpenteando por entre los peñascos de granito; pero un suelo que se desmorona bajo los pies en una pendiente casi vertical, á mas de trescientos pies de elevación, nos ofrecía demasiado peligro para que no prefiriésemos seguir otro camino mas ancho, que aunque obligándonos á dar largos rodeos, nos permitía llegar á caballo hasta corta distancia de la orilla. Sin embargo, nos apeamos y tomamos esta última dirección, también bastante estrecha y desigual y cortada á cada paso por los arroyos que penetran por la garganta de las montañas.

El ruido sordo en un principio, como el zumbido de una legión de tábanos, aumenta rápidamente á medida que nos vamos aproximando. Cada paso nos trae mayores oleadas de agreste y pavorosa armonía. De repente hiere nuestra retina una mancha blanca, como la cresta de una montaña nevada; es el principio de la catarata, mientras que el resto permanece todavía oculto detrás de un enorme grupo de peñas que avanza atrevidamente desde la orilla izquierda; mas al trasponer este grupo, operación que llevamos á cabo, casi á la carrera, es cuando se presenta con toda su magestad y hermosura el imponente espectáculo de la cascada del Toja.

¡Oh! no hay palabras en el pensamiento, no hay colores en ninguna lengua del mundo, no hay líneas bastantes en la geometría que lleguen á retratar un conjunto tan perfecto de grandeza y sublimidad. No es el imponente estruendo de las aguas, no es el espectáculo de aquellas gigantescas columnas de granito, no es aquella disforme manga de espuma que se desgaja por el espacio, como si fuera el horrible resoplido de uno de los disformes cetáceos antediluvianos, no es el contraste de aquellos canastillos de verdura, aquí y allí esparcidos, como un manojó de flores derramado sobre la tumba de los héroes fabulosos que yacen enterrados bajo el Pelion y el Osa, no es ninguno de estos detalles lo que absorbe el ánimo, y hace enmudecer los labios; es el todo, es ese vapor que despiden los espectáculos suntuosos de la naturaleza, y que como la respiración del azoe, producen en nosotros esos deleites que regocujan el cerebro, pero que angustian el corazón.

Estrechado el Toja por las montañas, entorpecido su curso por los peñascos, se lanza con furia contra estos obstáculos. Sus aguas se confunden, avanzan y retroceden, y ya giran en las oscuras cavidades de las rocas, ya resbalan por una superficie desigual blanca y lustrosa. De pronto falta el lecho del río, y este se precipita desde una altura de sesenta pies.

Imposible es explicar la impresión de profunda melancolía que se siente en aquel lugar. A la derecha grupos extraños y caprichosos

de rocas húmedas y ennegrecidas se adelantan, apoyándose unas sobre otras, como si fueran las ruinas del Pandemonium de Milton; á la izquierda una pared elevadísima deja ver entre sus grietas algunos arbustos que se sostienen con trabajo y asemejan la yedra de aquel muro de la naturaleza, y á dos tercios de la altura de esta pared, una peña saliente sostiene una pirámide de rocas que parece levantada por la mano del hombre.

En el fondo de aquel abismo sombrío sobre cuyos bordes parece apoyarse la bóveda del cielo, ante aquella masa de espuma que se desprende como una masa atronadora, apodérase del alma una sensación de vaga é indefinible tristeza, que perturba la razón y confunde todos los objetos.

Agrúpanse entonces en la mente todos los recuerdos de la vida que han conmovido alguna de las fibras de nuestro ser, y las amargas meditaciones que borran el pasado y el presente, para reducir á un solo punto, ante la duración de los siglos, el relámpago de nuestra existencia.

Desde que una fuerza poderosa rasgó aquellas montañas pasaron las generaciones, empujándose unas á otras, como aquellos copos de espuma, para precipitarse en el abismo de la nada, á presencia de aquellas rocas duras inmóviles y eternas para el hombre, pero deleznales también y perecederas ante la eternidad del tiempo.

La cascada del Toja presenta un aspecto muy diferente, según la estación en que se observa.

Si se aprovecha uno de esos alegres días que suceden á las lluvias copiosas tan frecuentes en el país durante el invierno, lo que se siente no es una impresión de tierna melancolía, sino de terror y de disgusto inexplicable.

Entonces el ruido es tanto mas violento cuanto que el Toja, triplicado el caudal de sus aguas, cubre las peñas que se oponen á su curso, y se desliza silencioso hasta el momento en que se desploma. Entonces tampoco se desprende verticalmente, doblándose como una cinta de gasa blanca, sino que se lanza con furor, describiendo una curva, como el inmenso chorro de una fuente prodigiosa.

Para admirarla bajo esta nueva forma, es preciso cubrirse perfectamente y resolverse á entrar en una atmósfera húmeda y penetrante. Conforme se adelanta el observador por el sendero que conduce al fondo, trae el viento á su rostro algunas gotas que cubren también sus ropas, como el rocío, y que al llegar al grupo de peñas que oculta la cascada, se convierten en una lluvia menuda y copiosísima. Allí se vuelve el cielo de un color ceniciento, una densa niebla llena aquel recinto y cubre todos los objetos, y de su centro sale aquel estruendo horriblo que ensordece y atemoriza.

De tiempo en tiempo, violentas ráfagas, producidas por el descenso del agua, azotan la cara: á su impulso se ve girar circularmente aquella gran mole de niebla, romperse, dispersarse por entre los precipicios, y salir en fin, formando espirales por la boca del abismo, como la columna de humo de un volcan, para volver á caer, convertida en lluvia.

Hay un momento entonces en que por entre los densos torbellinos de niebla se percibe como una cortina negra el agua de la cascada y los peñascos que vierten por sus ángulos la incesante lluvia que reciben.

El estruendo, la oscuridad y el conjunto sombrío de aquellos objetos medio velados, producen en el cerebro del espectador un vértigo tal, que como entregado á un sueño pavoroso, ó al delirio de una fiebre ardiente, cree ver estremecerse las rocas sobre sus bases, y oír cómo acrece y se aumenta el ruido de las aguas, cual si se conjurasen para inundar el valle y arrebatarle á él, átomo imperceptible de entre aquella inmensidad.

Este espectáculo solo se goza un momento. La lluvia que penetra y empapa los vestidos, así como el deseo de respirar con libertad, obligan bien pronto á retirarse. A pocos pasos se vuelve á ver el limpiado azul del cielo, y un hermoso arco iris terrestre que apoya en los peñascos los extremos de su semicírculo de colores, nuevo nuncio paz para el alma fatigada de tan terribles sensaciones.

Hasta hace algunos años ninguna señal revelaba allí la presencia de un ser humano; hoy crecen los árboles sobre una pradera esmaltada de flores; trepa la vid por los emparrados rústicos, y desaparece el sendero bajo las flexibles ramas del mimbre; una choza rústica completa el monstruoso contraste y la linda variedad del paisaje. La mano del hombre ha penetrado ya en aquellas soledades.

Tal es la cascada del Toja. Al Sr. D. Antonio de Valenzuela Ozores, mi ilustrado cicerone, y uno de los mas inteligentes mineralogistas de Galicia, debe el país el descubrimiento y la publicidad de este cuadro sublime de la naturaleza, y mi amistad el recuerdo indeleble de su sublime perspectiva.

J. R. FIGUEROA.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

I.

En el año 686 de la era española, 648 contando desde el nacimiento de Cristo y el séptimo desde que, por abdicación del malogrado mancebo Tulga, reinaba el octogenario Flavio Quindasvinto en España, fueron llamados á Toledo, ya con una ya con otra razón plausible, casi todos los duques y condes gobernadores de las provincias. Uno fué el duque de Froya, varón de escelsa cuna y esforzado caudillo, que gobernaba parte de la antigua provincia Cartaginense.

Celebró el anciano y sagaz monarca muchas y secretas conferencias con los duques y condes, reuniendo unas veces á varios en su pretorio, y avistándose otras veces solo con uno: el último de todos fué el duque de Froya.

En una espaciosa y rica estancia del pretorio con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato y paseó lentamente la sala como quien se disponía para discutir sobre un importante negocio: el gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del Rey sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabía de qué iba á tratarse. Dirigióle una mirada el Rey, conoció que los preámbulos eran inútiles, y tomando de una mesa un rollo de pergamino, diósele á Froya diciéndole sencillamente: lee esa carta y dime tu voto.

Desarrollóla el duque y leyó en alta voz. «Al gloriosísimo señor Nuestro Rey Flavio Quindasvinto, su mínimo siervo el obispo de Zaragoza Braulio, juntamente con los presbíteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, esto hace presente:»

«Aquel en cuya mano posan los corazones de los Reyes, áquel además lo gobierna todo, según nuestra ley nos enseña. Siendo esto así, acaso el pensamiento que tratamos de sujetiros, será también una de las inspiraciones del cielo. Oid pues de buen talante, benigno príncipe, las súplicas que vuestros subordinados con leal intención os dirijen solícitos; porque departiendo repetidas veces unos con otros, movidos por la esperanza y ahinco natural con que apetece cada hombre la tranquilidad de su vida, escusando peligrosos accidentes, recordamos las pasadas revueltas y paramos la atención en los grandes riesgos y conflictos, en las muchas tropelías hechas á mano armada que habíamos padecido. Y reflexionando maduramente, y viendo que suscitado vos por la bondad celeste, nos habíais librado de tamañas calamidades; apreciando en lo justo vuestras fatigas en el tiempo que habeis imperado; atendiendo al porvenir de la patria; dudosos entre la esperanza y el recelo, pero vencidos al cabo por la confianza; hemos resuelto pedirnos lo que consideramos como lo mas hacedero y conveniente hoy á vuestra quietud y á nuestras circunstancias: á saber, que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y á nosotros por Rey y Señor, á Recesvinto vuestro hijo y súbdito que se halla en la edad mas propia para sobrellevar las incomodidades de la guerra, ser nuestra defensa y vuestro descanso, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos, y asegurar á los vasallos leales una existencia libre de todo género de inquietudes.»

Mas contenía la carta; pero el soberano interrumpió aquí la lectura, diciendo á Froya:

—Eso me propone el prelado mas ilustre del reino por su santidad y su ciencia: los demas obispos siguen ó seguirán su dictamen: á él se inclina también gran parte de los gobernadores y próceres; dime tú sin rebozo qué te parece el proyecto.

—Mal, respondió secamente Froya.

—Sin embargo, siendo electiva la monarquía gótica, lo mismo puede ser nombrado Rey el hijo del que reina que cualquiera otro varón de linaje ilustre. No son ya nuevas entre nosotros las sucesiones de padre á hijo. Al gran Leovigildo sucedió su hijo el católico Recaredo.

—Pero se urdió contra él una conjuración de que se salvó por milagro.

—Muerto Recaredo, fué elegido en su lugar su primogénito Liuva.

—A los dos años le mató Viterico.

—Recaredo el segundo fué también exaltado al trono de su padre Sisabuto.

—Recaredo el segundo falleció á los tres meses de su coronación. A Suintila, que se asoció su hijo Recimiro, le depusimos y arrojamos de España; y al pobre Tulga, sucesor de su padre Chintila, bien sabes la suerte que le ha cabido. Le obligamos á renunciar, á encerrarse en un monasterio..... y á morir.

—No se dejaría destronar tan fácilmente mi hijo. Tulga era una criatura endeble y Recesvinto es muy hombre: no temo por él. Pero todavía no me has dicho si tu oposición á mi proyecto nace de que te desagrade la persona ó el principio. ¿Te parece mal que el hijo suceda al padre, ó te desagrade Recesvinto para Rey?

—Creo que no gobernará bien Recesvinto.

—¿Por qué?

—Yo no acuso á nadie sino cara á cara: si quieres saber lo que pienso de tu hijo, mándale venir.

—Al momento.

Llegó el Rey á una puerta con mas prontitud que era de esperar de un octogenario, y con recia voz que retumbó por las altas bóvedas, llamó á los esclavos para que avisaran al príncipe. Un instante despues se presentó en la sala el régio candidato. Entrado ya en la edad varonil, conservaba aun la lozanía de la juventud mas floreciente; su rostro menos regular y magestuoso que el de su padre, tenía cierta espresion de noble dulzura que cautivaba: su estatura era alta, sus ademanes naturalmente medidos, la robustez del cuerpo mediana. Al lado del atlético Froya y del venerable Quindasvinto, su hijo lucía poco; y á pesar de esto, naturalmente se inclinaba uno á él: inspiraba el gobernador repugnancia, el monarca susto, el príncipe amor.

Froya va á acusarte (prorumpió el anciano clavando su mirada de lince en su hijo y sentándose briosamente en una silla): oye y responde.

—Diga Froya pues, respondió pacíficamente Recesvinto, colocándose en frente de su padre.

—Dime primero tú, replicó el duque poniéndose á la derecha del Rey, lo que te propones hacer si empuñas el cetro.

—En el momento que yo reine, los privilegios injustos de nuestra raza dejarán de existir. Los godos nuestros antecesores conquistaron la España, se apropiaron dos terceras partes del territorio y dejaron una sola para los naturales: apartáronlos de los cargos militares, eclesiásticos y civiles, y les cerraron para siempre la puerta á los honores, prohibiendo con rigurosas penas que pudiera casarse godo con española ni española con godo. Este afán de mantener aislados al pueblo vencedor y al vencido, pudo ser justo en su origen, y aun indispensable, porque existía entre ambos entonces el muro de separación mas fuerte, la diferencia de fé: los godos eran arrianos y los españoles católicos. Pero desde que Recaredo entronizó el catolicismo en todo su reino, desde que la raza señora se hizo por el vínculo de la religion hermana de la raza sometida ¿qué razón hay para que siga el apartamiento entre los que por todas las consideraciones de sana política están llamados á unirse? Yo creo que en el estado en que hoy se hallan las provincias de España, no será buen rey aquel que no se proponga cimentar la futura grandeza y prosperidad de la Peninsula levantando del suelo á la raza española, devolviéndole su libertad ingénita y formando de dos pueblos uno. La primera ley que dictaré si reino, será la que permita los enlaces entre las dos naciones.

—¿Cómo! exclamó el Rey, acaso con mas admiración que disgusto.

—Ya lo oyes, repuso Froya: tu hijo no quiere que haya distinción de clases en España: no quiere que gocemos nosotros la herencia que ganó el valor de nuestros mayores y nuestro valor nos ha conservado: quiere que nuestra noble sangre, hasta ahora pura, se contamine y pierda su brío, revolviéndose con la sangre bastarda de los españoles, mezcla vil de la ibérica, céltica, fenicia, griega, cartaginesa y romana; con la sangre de esos hombres turbulentos y cobardes, incapaces de una idea de union, de un pensamiento fijo, y que por no saber tolerarse á si propios, estan destinados á arrastrar las cadenas de todos los conquistadores que se las traigan. Yo soy godo, y quiero que lo sean mis hijos y mis nietos, porque sé lo que vale mi noble raza que puso el pie sobre la cerviz de la altiva Roma: yo quiero que los españoles sean esclavos, porque solo sirven para eso, porque no han sabido nunca ser libres: tú que pretendes confundir lo que por el comun provecho debe estar separado, nunca tendrás mi voto para ceñir la corona de Quindasvinto.

—Doscientos años, contestó friamente el príncipe, necesitó Roma para terminar la conquista de España: ¿le parece á Froya cobarde una nación capaz de tan porfiada resistencia? Nuestros abuelos eran arrianos, y nosotros profesamos el culto católico: ¿le parece á Froya que no es capaz de un pensamiento fijo el pueblo que, aun permaneciendo en la servidumbre, consigue imponer su religion al pueblo que le manda? Si los españoles valian poco al tiempo que nuestros antepasados invadieron su tierra, culpa fué de los corrompidos señores que tenían; culpa fué de los romanos, indignos ya de llevar tan inculto nombre. Si ahora los españoles no valen mas, créeme Froya, es porque nosotros no les permitimos ser nada. Aun así los ingenios superiores que entre ellos se crían, se refugian ins-

linitivamente en torno de las aras: desde allí su saber y sus virtudes los elevan á las cátedras episcopales, y de estas nos vemos precisados á traerlos al consejo del príncipe. Los españoles se nos entran en el palacio por la puerta del templo: franquémosles también las del valor y de la virtud. ¡Si tú, Froya, hubieses penetrado como yo en el hogar doméstico de los españoles: si hubieras visto como yo, cuán elevadas prendas atesoran muchos individuos de la raza que tú calumnias....!

—Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriania.

Violenta impresion produjo aquel nombre en el semblante del soberano y del pretendiente á la soberanía.

¿Quién es esa mujer? preguntó el Rey balbuciente de ira y con los ojos hechos centellas. ¿Quién es esa mujer, repitió levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso no acertaba á contestarle. Froya, erguida la cabeza en ademán de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto á descubrir del todo el misterio que habían dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo por fin después de unos momentos de agitacion y duda.

Floriania es mi esposa.

—¡Una española! ¡El hijo del monarca dando el ejemplo de desobediencia á las leyes!

—Cuando Recesvinto conoció á esa joven, repuso Froya, no eras tú nuestro Rey todavía.

—De todas maneras....

—De todas maneras, el amor de Recesvinto á su esposa es la causa única, es el solo móvil que le induce á desear una revolución que trastorne el Estado. Por eso y porque no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degeneren en hereditaria, me opongo á la eleccion de tu hijo. No cuentes con mi voto, aunque presumo que por desgracia no te será muy necesario.

El altanero duque hizo al Rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró. El príncipe y el Rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

II.

Como unos siete años antes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelion contra Tulga, los capitanes fieles al joven monarca persiguieron tan hábil y constantemente á los amotinados, que por entonces les fué forzoso separarse y renunciar á la empresa mientras no se presentara mejor coyuntura. Hallábase á la sazón Recesvinto de orden de su padre en los confines de la Celtiberia, y habiendo pasado á vista de Opta disfrazado y solo, sin entrar en la poblacion, receloso de ser conocido, tomó una senda que guiaba hacia unos valles situados á cinco ó seis millas de la ciudad y al oriente de ella, donde creyó que podría permanecer oculto hasta que recibiese de Quindasvinto encargo para moverse. La espesura y soledad de aquellos valles y lo que se contaba en particular de uno, le hacian creer que no podría ofrecerse mas acomodado asilo para un reo de Estado. Subiendo pues y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin á uno poblado de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino: desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodo á cada lado, continuaba luego, ya con mas, ya con menos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas cortadas á cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal que se unian en medio del llano: el uno bajaba de los cerros del Sur, el otro nacia en la misma pradera, y ambos recogian los muchos manantiales que desde las alturas iban á precipitarse en el fondo de la vega. Cerros escarpados y á trechos vestidos de impenetrable maleza defendian por dó quier la entrada del valle, sirviéndole de inaccesible muro; y allí donde entre uno y otro quedaba abierto un angosto portillo, las peñas que habían rodado de la cumbre, las ásperas y punzantes zarzas cuyos vástagos nunca encentados por el hierro, habían adquirido, una elevacion y grueso prodigiosos, y principalmente la inseguridad del suelo impedian la entrada al mas temerario viajante. Porque los diversos hilos de agua que brotaban entre los riscos de las laderas, encontrando mil obstáculos á su curso en las desigualdades del terreno, filtrábanse invisibles por él y formaban abajo estensos tremedales ó charcos cubiertos de bellísimo y engañoso verde, praderas nadantes donde se sepultaba el incauto que ponía el pie en su movable superficie. Sobre ella descollaban peñas enormes anegadas por su base, y árboles corpulentos que desarraigados por el curso incesante de las aguas, habían caído en ellas, y clavando en el fangoso suelo sus ramas, se habían convertido en raíces allí, y habían producido nuevos retoños. Las dificultades que se presentaban para introducirse en aquel recinto, vedado al parecer á la planta humana; la hermosura de la porcion de vega que podía descubrirse desde uno ú otro punto; y la noticia de que en lo mas intrincado de su seno habitaban criaturas felicísimas, ajenas de cuanto pasaba en el mun-

do, habían dado ocasion á que todos los pueblos de la redonda tuvieran el sitio por sagrado y lo designasen con el nombre de *Valle del Paraíso* (1).

(Continuará.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

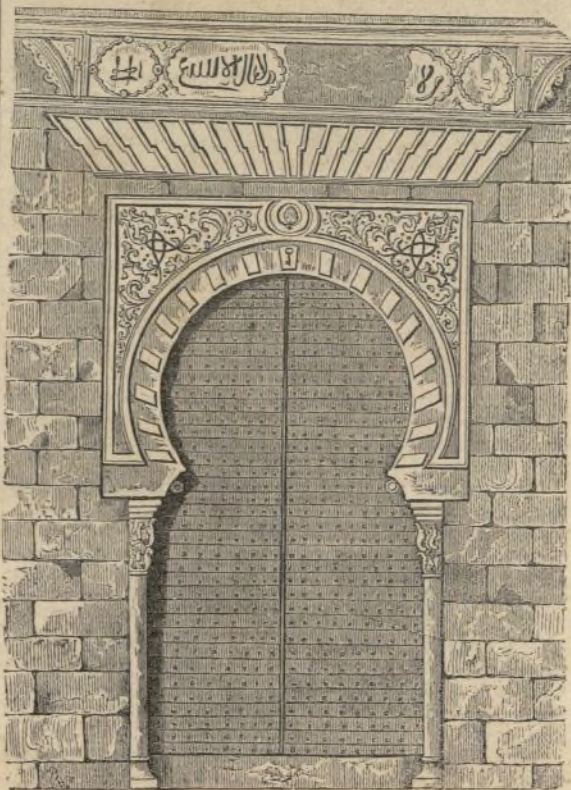
SENTENCIAS Y MAXIMAS.

Somos los dueños de la tierra, pero tal vez no seremos sino los siervos de seres gigantescos que nos sean desconocidos. La mosca que aplastamos con el mas leve esfuerzo de uno de nuestros dedos, no conoce al hombre ni tiene el convencimiento de su superioridad sobre ella hasta que sufre sus efectos. Lo mismo puede acontecer á nosotros: podemos estar rodeados de seres dotados de la facultad de pensar que nos sean invisibles, y por consiguiente desconocidos. Sabemos muy poco, y sin embargo tengo la convicción de que sabemos lo suficiente para esperar la inmortalidad, pero entiendo la inmortalidad siendo individual de la mejor de las partes que no constituyen.

Hay libros que es menester probar solamente, otros que se deben devorar, y otros tambien, aunque en menor número, que es preciso masticar y digerir. La lectura de la historia hace á un hombre mas prudente, la poesia le hace ser mas despejado, las matemáticas mas penetrante, la filosofia natural mas profundo, la moral mas sério y reflexivo, la retórica y la dialéctica mas contencioso y mas fuerte en las discusiones. En una palabra, los estudios se convierten en costumbres.

RESERVA EN LA OPINION.

Un abate célebre decia que nunca se debía sostener que se tenia razon, sino decir: — «Esta es mi opinion por ahora.»



Granada. — Puerta principal de la fortaleza de la Alhambra.

(1) Mucho ha variado este sitio desde entonces acá; pero hace mil años sería otra cosa.

Oficina y establecimiento tipográfico del SEMANARIO e ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra.